

Universidad, propaganda y calidad

JORGE BRAVO

A Alberto Dallal,
quien me ha explicado qué es la Universidad.

Calidad es una palabra de moda y un asunto impostergable –urgentísimo– en el México de hoy para construir el México del porvenir. Esa –que en el ámbito académico se traduce como excelencia– es la misión de la Universidad Nacional Autónoma de México ahora que Habemus Rector: José Narro Robles: médico, profesor, investigador y funcionario durante más de treinta años; asignado por los quince miembros de la Junta de Gobierno y señalado como la continuidad (en sentido positivo y negativo, según partidarios y detractores) del saliente Juan Ramón de la Fuente. Calidad en sus tres tareas sustantivas: la enseñanza, la investigación y la difusión de la cultura. Pero la calidad no es algo dado sino un atributo que debe discutirse, evaluarse, renovarse permanentemente, sin descanso.

Excelencia que no sólo depende de la UNAM pero que en ella se inculca, con notables efectos sociales, políticos, económicos y culturales cuando se alcanza o se omite. En el seno universitario, la calidad que todos deseamos se alcanzará con las reformas pertinentes para –como dijera el entonces rector José Sarukhan– academizar una institución con 295 mil estudiantes, 30 mil profesores e investigadores y 25 mil trabajadores.

Hacen falta muchas cosas que De la Fuente no concretó. Entre otras, un bachillerato que no evidencie las deficiencias de los alumnos cuando ingresan a los estudios profesionales; el fortalecimiento de los cuerpos colegiados por encima de las decisiones burocrático-administrativas; la remodelación de instalaciones básicas (aulas, laboratorios, sanitarios) en estado francamente deplorable, sobre todo fuera del campus uni-

versitario; la revisión de los estatutos de la Universidad; el problema del ausentismo en una institución de educación superior que cada año incrementa su matrícula; los convenios con empresas, gobiernos de todos los niveles y otras universidades para que los egresados consigan un empleo cercano a su formación.

Incorporar a la UNAM al sistema productivo –lo que equivale a sacarla de su ensimismamiento y enfrentarla a la realidad del país– es un imperativo pero no debe entenderse acriticamente como un entreguismo a los intereses del empresario y el capital privado. De allí la necesidad de consolidar su carácter público, laico, gratuito y popular. La educación es un derecho de los mexicanos y una obligación del Estado impartirla. La UNAM es de todos: un proyecto nacional (de los pocos que perduran) incluyente para quienes menos tienen y un factor de movilidad social.

Con la huelga estudiantil de abril de 1999 la UNAM vio deteriorada su imagen, no así su calidad académica u organizativa, como a menudo se insiste. Durante los aciagos meses que duró el conflicto, los empresarios no dudaron en rechazar públicamente a los egresados de la UNAM. Como atinadamente ha dicho Alberto Dallal, “la Universidad nunca le ha fallado a México”; algo que no pueden alardear los políticos, las empresas, los sindicatos, los jueces, los medios de comunicación o el periodismo mexicanos, a los que tanto tenemos que recriminarles.

De la Fuente –hijo de un psiquiatra y de una historiadora del arte prehispánico destacados– asumió la rectoría de la UNAM en noviembre de 1999 en medio de su peor crisis. No colapsada (imposible) pero sí abrumada y agredida por autoridades ineptas, intereses mezquinos, un Ernesto Zedillo pusilánime, estudiantes indolentes y paristas que no quisieron reconocer a tiempo su triunfo en torno a la gratuidad de la Universidad.

Después de ocho años de gestión, De la Fuente entregó una Universidad que enseña, investiga, difunde la cultura y es ejemplo a seguir. Lo que el ex rector se propuso –y consiguió– fue recuperar el orgullo, la confianza y la credibilidad en la institución, dentro de su comunidad y para la sociedad mexicana. Para ello se sirvió no de reformas profundas, ni siquiera superficiales (salvo aquella que redimensionó los estudios de pos-

grado) sino de las actividades que cotidianamente desempeña. Y para darlas a conocer desplegó intensas campañas de comunicación social, propaganda y relaciones públicas en medios de comunicación nacionales y extranjeros.

Esa labor audaz y efectiva no fue menor si de resarcir los daños se trataba. Durante su rectorado, entre muchas otras cosas, destacó a sus académicos otorgándoles premios y reconocimientos; en colaboración con el gobierno federal y otras instituciones amplió las becas para los estudiantes más desfavorecidos; celebró el 75 aniversario de la autonomía universitaria; dio a conocer los inventos, patentes y descubrimientos de sus investigadores e impulsó las sedes foráneas de la Universidad. Todo esto ya ocurría en la UNAM pero De la Fuente lo promovió y lo hizo visible gracias a un inteligente y, sobre todo en sus últimos años, intenso manejo de los medios de comunicación. Recientemente se incorporó y calificó a la UNAM dentro de los rankings de las mejores universidades del mundo, aunque sabemos que la seriedad y metodologías de esas evaluaciones debemos cuestionarlas. No obstante, lograron el efecto de ver a la UNAM renovada en su prestigio académico y social.

Asimismo, promovió las innovaciones tecnológicas de la institución como el Observatorio de Visualización Ixtli o la puesta en funcionamiento de la computadora Kan Balam, la más poderosa de América Latina. Implementó una red inalámbrica de internet gratuita. El club de fútbol Pumas –de la mano de Hugo Sánchez– logró un bicampeonato; no fue poca cosa como estrategia para exaltar los ánimos universitarios. Consiguió que el casco antiguo de la Ciudad Universitaria fuera declarado Patrimonio Cultural de la Humanidad por la UNESCO. Lanzó al aire la señal de una anquilosada, casi inexistente TV UNAM, “el canal cultural de los universitarios”, y renovó las instalaciones de Radio UNAM, fundada en 1937. Todo ello fue y sigue siendo motivo de orgullo.

Los presupuestos que la Cámara de Diputados (no el Ejecutivo) le otorgó a la Universidad, y que el propio De la Fuente negoció y cabildeó, le permitieron crear infraestructura: remodeló instalaciones, amplió y erigió otras; restauró obras murales; resolvió el problema de la vialidad dentro de la Ciudad Universitaria; dotó a la comunidad de autobuses modernos y promovió el uso de la bicicleta que la propia UNAM facilita. Por si fuera poco, le fue otorgada a la UNAM el viejo edificio de la

Cancillería en Tlatelolco (epicentro del movimiento estudiantil de 1968, iniciador del proceso de transición a la democracia en México), el cual convirtió en un Centro Cultural Universitario des-concentrado del campus y ubicado en una de las zonas de la Ciudad de México con el tejido social más desgarrado.

Algo muy importante: aunque De la Fuente estableció una relación estrecha con el PRD, el gobierno capitalino y Andrés Manuel López Obrador (éste dijo que lo nombraría Secretario de Gobernación en caso de ganar la Presidencia de la República), durante las campañas y el conflicto postelectoral la UNAM y el rector no se erigieron en factor desestabilizador, como ha ocurrido en otras circunstancias. El conflicto entre partidos, candidatos y sectores de la sociedad antes, durante y después del 2 de julio no transitó por la Universidad.

Desde luego, De la Fuente no fue ajeno a protagonismos. Cada acción emprendida por él estuvo acompañada de su imagen y discursos. Sus declaraciones políticas nunca fueron ajenas a la coyuntura y en todo momento logró establecer en la agenda mediática sus puntos de vista. Pero la UNAM es más, mucho más que las individualidades. La Universidad es un reflejo fiel del país: expresa sus más caros propósitos y aspiraciones. Cuando se erigió la Ciudad Universitaria en 1949-50, el proyecto del campus representó la modernización del país, lo que México anhelaba y podía llegar a ser. Sin embargo, los gobiernos priístas nos condujeron por un derrotero distinto al proyectado en la retórica oficial.

Quienes advierten la intolerancia y la falta de autocrítica de las autoridades universitarias posiblemente tengan razón. Sin embargo, esos embates no siempre claros a la Universidad –a su naturaleza pública, laica y gratuita– soslayan que la máxima casa de estudios del país ha sorteado (con enormes dificultades y escasos recursos) el proceso de deterioro, corrupción y descomposición de otras instituciones del país como las de seguridad social, impartición de justicia, seguridad pública, empresariales, sindicales o de representación política. En efecto, hace falta mucho por hacer en la UNAM para alcanzar la calidad y la excelencia que todos anhelamos; pero en el México de hoy, ¿qué otra institución se encuentra por encima de la Universidad? ■